

A person is seen from behind, sitting on a metallic floor and looking out through a large, circular, metallic hatch. The hatch is framed by a dark, industrial-looking metal structure with rivets. The view through the hatch is a stunning, vibrant space scene. A bright, glowing orange and yellow star or nebula is the central focus, surrounded by swirling clouds of blue, purple, and red. A bright blue beam of light cuts across the scene from the left. The overall atmosphere is one of awe and wonder, set against a deep black background filled with distant stars and galaxies.

SABINO CABEZA

TAKARABUNE

minotauro LABERINTO

SABINO CABEZA

# TAKARABUNE

minotauro LABERINTO

© Sabino Cabeza, 2023  
Mapa de la *Takarabune*: Fernando López Ayelo, 2023

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.  
Copyright © 2023 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.  
Reservados todos los derechos.

Diseño de cubierta: Cover Kitchen

ISBN: 978-84-450-0727-3  
Depósito legal: B. 10.409-2023  
*Printed in EU / Impreso en UE.*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible



Inscríbete en nuestra newsletter en: [www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)  
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro  
Twitter: @minotaurolibros

## I

Bloque 19 del Registro Vital del sujeto  
Thorion Cadena, 92788Ing.  
Datación: junio 447 CTK / 3197 CT.

Nadie entra aquí. Supongo que por el vértigo. O por la angustiante sensación de infinitud que encoge el corazón al mirar afuera: un lienzo oscuro, manchado por retazos de gas interestelar y punteado por miríadas de luminarias que se arraciman formando los brazos de la Vía Láctea. Una imagen hermosa, pero inquietante. Nos hallamos exactamente en mitad de la nada.

Sólo los curvos largueros del Anillo Concentrador de popa, señalados por sus luces de posición allá a lo lejos, aportan la correcta perspectiva. Mirar al lado opuesto, hacia la proa, es como caer en un precipicio sin fondo. La oscuridad que nos rodea hace invisible la mayor parte de la nave, y la falta de referencias ópticas es la razón, creo yo, de que el Mirador esté siempre vacío: no es fácil soportar el vértigo.

Por eso me sorprendió ver una silueta al fondo. Alguien se sentaba en el suelo justo donde la cubierta de cuarzo se une a la plataforma de soporte.

Es el mejor lugar si quieres contemplar el espacio y no te preocupan el mareo o la sensación de caída inminente. El Mirador, un círculo de cien metros de diámetro cubierto por una cúpula semiesférica, se halla en el ápice superior de la nave, en el punto medio de su eslora y sobre la Torre del Puente. Desde allí, el largo triángulo isósceles de la proa se pierde en la negrura. Hacia popa, a una distancia de un cuarto de la longitud del eje

principal, el enorme Anillo Concentrador apenas estorba la observación. El cuarzo de la cúpula, antirreflejante y perfectamente pulido es tan invisible, y la sensación de estar en el exterior tan intensa, que no me extraña que cause ansiedad a quien ose entrar allí. Algo a lo que contribuye el casi absoluto silencio. A diferencia del resto de la nave, donde siempre oyes un omnipresente y lejano retumbar, un murmullo de maquinaria activa, el silencio del Mirador ensordece.

Entiendo por qué nadie lo utiliza. La vista del espacio provoca un miedo cerval. Algo que los psiens explican fácilmente: después de tantos siglos de vivir en pasillos y salas que se abarcan de un vistazo, la distancia infinita desde el Mirador resulta aterradora: no hay horizonte en ninguna dirección. Y tampoco ayuda que la gravedad allí sea algo menor que en el centro de la nave. Cuando caminas, percibes una sensación de liviandad que acentúa la impresión de que puedes caer en el vacío. De que puedes perder los asideros, la estabilidad y la seguridad que esos pasillos, estrechos pero confortables, te otorgan. Aterrador, sí. Yo lo he preguntado muchas veces y a mucha gente: ¿conoces el Mirador? ¿Has estado alguna vez? La respuesta es siempre sí a la primera y no a la segunda. ¿Por qué no? Qué tontería, me dicen, ¿quién querría asomarse *ahí afuera*?

Así que hay alguien más a quien no le da miedo este lugar.

Observé con atención la silueta. El escaso brillo de las pequeñas luces en el borde de la cúpula apenas la definía. ¿Quién podría ser? Fuera quien fuese, no se había percatado de mi presencia: dándome la espalda, miraba hacia la proa. ¿Qué debía hacer? ¿Marcharme? Nunca me había encontrado a otra persona allí. Hace mucho, al principio, pregunté a Evangelos por los permisos, por las normas de utilización. Nada: el Mirador, aunque está justo sobre el Puente, es de acceso total y absolutamente libre.

No sabía qué hacer.irme sería lo correcto. El acceso al Mirador no está restringido, pero se supone que hay que reservar su uso. No registré mi entrada, así que técnicamente no tengo derechos hoy. Al principio, hace años, sí lo hacía, hasta que

comprendí que nadie, nunca, lo visitaba. Llegué a pensar, con cierta sensación de regocijo, que el Mirador era mío. Absurdo, claro, porque en la nave nadie posee nada. Al menos en teoría. Eso dice el Códice: «La posesión está prohibida a los ciudadanos de la Takarabune. La Auctoritas, en su munificencia y superior conocimiento, proveerá de cuanto sea necesario para la subsistencia y el Gozo. Los objetos materiales son fuente de controversia y generan ambiciones y celos que sólo redundan en la discordia entre ciudadanos, por lo que queda proscrita su propiedad». Pero nadie sigue, realmente, ese precepto. Hace ya mucho que no se castiga la posesión. La *Auctoritas* no se entretiene en tales minucias, tiene asuntos más grandes que atender. Sus agentes del orden, casi todos mandos o milites de bajo rango, sí hacen de cuando en cuando batidas aquí o allá para requisar lo que consideran contrario al Códice. Curiosamente, las batidas coinciden siempre con el punto mínimo de un Ciclo Productivo, justo al escasear ciertas provisiones, aquéllas que, sin ser vitales, sí dan cierto sabor a la vida en la *Takarabune*. Pero ¿quién discutiría con un agente por etanol, azúcar o *tobaco*? Para ellos, conseguir esos productos no es fácil, entiendo que usen esos trucos de baja estofa. Para el resto, ingen o agren es más sencillo: basta con esperar a que te toque turno comunal en cualquier cantina, comedor o almacén de suministros, para *arreglar* con cuidado el inventario. Si te pillan... Bueno, cualquier sanción merece la pena. Y tampoco son tan graves.

Desde luego, poseer algo como el Mirador es ridículo. Pero me gusta pensarlo. *Mi* Mirador. El lugar más solitario, silencioso y alejado de la gente en toda la nave. Abierto a la nada, al infinito. El lugar donde todo, absolutamente todo, queda cuestionado. Confrontado. Incluso negado. En especial la pregunta que nadie se atreve a formular: ¿cuándo llegaremos? Y su corolario: ¿y luego qué?

Preguntas para las que sí hay respuesta. Y exacta, además: vamos a un nuevo mundo, y faltan apenas unos ochenta y tantos años para llegar. Pero, tras nueve siglos de viaje, la meta y el tiempo en alcanzarla se han vuelto irrelevantes. Se sabe, como

se sabe que hay un Mirador y que su uso es libre, pero cuando has nacido en una nave que lleva navegando casi un milenio, el final del viaje es sólo una idea. No la tomas en serio. No lo piensas. Yo, al menos, no llegaré a verlo. Sólo tengo treinta años, ¿qué me importa el final?

Indeciso, alcé la mano izquierda para activar mi *databand* y pedir información a Evangelos. Sentía curiosidad por saber quién podría ser esa persona. La interfaz neural del brazalete contactó con el avatar de DIOS y los datos llegaron al instante a mi córtex visual: no había reservas. Nadie solicitó el uso del Mirador esa noche. Ni esa noche ni nunca... Al menos desde la última vez que yo lo hiciera, trece años atrás, apenas unos meses después de descubrir la existencia de este lugar especial. *Mi* lugar especial.

Así que había un intruso en *mi* Mirador y yo no tenía por qué irme. Di tres pasos hacia la figura del fondo... y me detuve. Bueno, las Normas de Convivencia son claras: «No perturbes la paz. Comparte y sé tolerante». Lo correcto sería marcharme; a fin de cuentas, me gustara o no, lo creyera mío o no, el Mirador no me pertenece.

Suspiré. Años y años de condicionamiento educativo se impusieron a mi deseo de quedarme. Volví al círculo de entrada y activé mi brazalete para accionar la plataforma.

Una voz me paralizó.

—Hola.

Miré hacia atrás. La figura en el borde de la cúpula, con la cabeza vuelta en mi dirección, me observaba. Desde la penumbra, el brillo de unos ojos me atravesaba. ¿Y ahora?

Levanté la mano en un tímido gesto de saludo.

—Ho... hola.

—Acércate, no te veo bien.

Mis botas chirriaron mientras las suelas de goma rozaban la pulida superficie. Seguramente, los tres pasos que di fuera del ascensor, justo en el centro de la sala, alertaron al intruso. Me acerqué con cautela, pero interesado. ¿Quién sería?

Una mujer.

Sentada en el suelo, con las piernas cruzadas. No había otro modo de hacerlo allí. Que yo sepa, el control de los asientos de la sala está desactivado desde hace siglos. Tal vez se averiaron, o quizá, dada la escasa afluencia de usuarios, alguien consideró en su momento que no merecía la pena mantenerlos en uso. Así que la mujer, como hago yo cuando visito el Mirador, se había colocado donde el eje longitudinal de la *Takarabune* se proyecta hacia su vértice. En la exacta dirección de su trayectoria, adelante. Aunque ese *adelante* es engañoso: la falta de referencias causa la impresión de que no nos movemos en absoluto.

Ella me observó de arriba abajo con atención y sin el más mínimo recelo. La penumbra no ayudaba a identificarla, pero podría tener una edad similar a la mía. Su corto cabello, de un color extrañamente blanco, reflejaba los matices azules de las luminarias. Una luz azul que volvía muy oscuro su rostro. Y su ropa... No podría decirlo. ¿Negra, verde, granate? Imposible saber la etnia bajo esa iluminación.

—Eres un ingen —dijo ella.

Asentí. Incluso a la tenue luz azul, el matiz de mi vestimenta sí que era fácil de determinar: ocre anaranjado. El color de los ingen.

La mujer palmeó el suelo.

—Siéntate, no muerdo. Mi nombre es Nikkal y soy agren. No sabía que había alguien más aficionado al Mirador. Nunca he coincidido con otro usuario.

Una agren... El verde oliva de su uniforme, a esa luz, era engañoso. Qué extraño, una agren allí. Si hay gente remisa a contemplar el espacio, esos son los agren. Viven entre árboles, plantas y cultivos. Sus estancias son las más grandes de toda la nave, y también las más iluminadas, como corresponde a quienes se ocupan de darnos de comer al resto. Quizá por eso, por la luz y el aire de AGREN, son los que menos soportan la visión del oscuro infinito de ahí afuera. Me acomodé a su lado, aunque no demasiado cerca. Seguía siendo una desconocida. Una intrusa. Las Normas de Convivencia exigen discreción en tanto no sepas con quién hablas. Lo pensé: quizá no era una intrusa. Sus palabras parecían indicar que iba al Mirador tal vez con

frecuencia. Y que no registrara su uso no era criticable. Yo no lo hago. Así que bien podría ser yo el intruso y no ella.

—Soy Thorion.

Saludé con la cabeza y estiré el puño izquierdo. Ella hizo lo propio con su puño derecho y nuestros nudillos se rozaron en el saludo formal de la Ciudadanía.

—Tampoco yo he... —añadí un poco azorado—. Quiero decir, no he visto nunca a nadie. Siempre creí que...

—Que eras el único —interrumpió ella, y yo asentí—. Bueno, es normal. Yo no registro el acceso. Y supongo que tú tampoco, porque no hay datos de ti. Y entiendo que lo pensarás. Creo que, aparte de nosotros, no debe de haber nadie más con ganas de subir aquí. ¿No te mareas al mirar... *ahí afuera*?

Sonreí al captar el matiz de sus palabras. *Ahí afuera*. Era una coletilla habitual para referirse a lo que hay más allá de nave. La *Takarabune* lo es todo. Es el lugar en el que vivimos desde..., bueno, desde que nacimos. Y antes que nosotros, generaciones y generaciones que nacieron, vivieron y murieron allí. Es grande. Enorme: sesenta kilómetros de eslora, y unos ocho de alto en su punto más ancho, eso sin contar con el Anillo Concentrador, cuyo diámetro es casi el triple. Bueno, digo que es enorme, aunque en comparación con un planeta sea más bien insignificante. Pero todo nuestro mundo cabe dentro. Dentro caben nuestros sueños, nuestros miedos, nuestros recuerdos, anhelos y esperanzas. El resto del universo es un difuso y ambiguo *ahí afuera*.

—No. La verdad es que salgo *ahí afuera* con frecuencia. Trabajo en la revisión y reparación de estructuras en el casco externo.

—Vaya, eso impresiona, debo admitirlo —respondió ella con voz alegre—. ¿Desde cuándo lo haces?

—Desde que acabé mi Formación...

—Me refería a venir aquí.

—¡Ah, claro! Pues tenía diecisiete años cuando descubrí el Mirador. Y de eso hace trece...

Ella silbó entre dientes y asintió. Cambió las piernas de posición, rodeó sus rodillas con los brazos y ladeó la cabeza para mirarme.

—¡Vaya! Entonces soy una intrusa. Yo apenas llevo viniendo unos meses.

—No eres una intrusa. El Mirador es de libre acceso...

Me sorprendí al decirlo. Un momento antes la había calificado de tal.

—Sí, claro. Técnicamente sí. Pero si llevas tanto tiempo viniendo aquí, y no has visto nunca a nadie, podrías decir que es tuyo.

Curioso que ella... ¿cómo dijo que se llamaba? Sí, Nical o algo así. Bueno, era curioso que hubiera expresado tal idea. En una nave donde la propiedad privada está prohibida, todo el mundo da valor a los objetos más absurdos, normalmente pequeños y fáciles de esconder. Cosas sin importancia que caben en un bolsillo y que, por alguna suerte de magia simbólica, se vuelven preciosas para sus propietarios. Pequeños objetos que te hacen único, que guardan, en su insignificancia, memoria, recuerdos, señales del tiempo. Quizá por el simple hecho de estar prohibida su posesión. Cuando todo el mundo viste uniformes que se diferencian sólo por el color o las insignias, cualquier elemento distintivo tiene importancia. Las normas del Códice permiten muy poca variabilidad en nuestra indumentaria, así que hacemos todo lo posible por marcar nuestra singularidad. En el bolsillo derecho del pantalón llevo siempre una tuerca de cuproníquel de un precioso color rojizo. La tengo desde hace años, desde mi primera misión en la cubierta exterior: una vieja tuerca gastada que debería haber echado a un reciclador y que guardé sin que nadie me viera. Es *mía*. Antes me cabía en cualquier dedo, ahora sólo en los meñiques. Y aunque no tiene más valor que el material del que está hecha, que tampoco es tan importante, para mí sí lo es. Cuando estoy nervioso meto la mano en el bolsillo y me basta con sujetarla para centrarme. Para relajarme si estoy tenso. Pero el Mirador es otra cosa. Aunque también me centra, no cabe en un bolsillo.

—No entendí bien tu nombre... —dije. Ella lo repitió vocalizando con cuidado.

—Nikkal... —marcó bien las dos consonantes—. Creo que es el nombre de alguna diosa antigua que influía en los cultivos.

—Claro... Eres una agren.

Nuestros nombres suelen guardar relación con la etnia. El mío, por ejemplo, es el de un elemento químico raro. El número 90 de la Tabla Periódica. Por qué mis padres me lo pusieron sigue siendo un misterio. Nunca lo supe. Ellos murieron en un accidente hace catorce años. Un fallo en una central de flujo magnetohidrodinámico. Perder a mis padres fue posiblemente lo que me empujó a vagabundear por la nave, incluso por lugares prohibidos para los de mi etnia. Tuve suerte, me pillaron pocas veces. Y aprendí a ser más cauteloso y discreto. Me conozco mejor que nadie los pasillos de servicio, los tubos *Jefferies* y los túneles más recónditos. En estos años habré recorrido miles de kilómetros de galerías. Así encontré el Mirador. Si mis padres no hubieran muerto, tal vez no lo habría hecho nunca, tal vez no hubiera necesitado buscar nada así. Cuando mis azarosos vagabundeos de adolescente rebelde me llevaron finalmente al Mirador y contemplé por vez primera sobre mí el telón estrellado, silencioso e infinito del espacio en toda su majestad, lloré.

Lloré sin ruido, acurrucado en el suelo al borde de la cúpula, estremecido por temblores y mordiéndome los puños para no romper el silencio sobrenatural de aquel lugar sobrenatural. Un lugar que no se utiliza porque todo el mundo lo teme. Todo el mundo siente terror ante lo que yo siento desde que mis padres murieron y me quedé solo: el vacío absoluto. La incertidumbre absoluta. La nada a mi alrededor, limitada por la flecha oscura de la *Takarabune*, era el reflejo exacto de mis emociones.

El Mirador me atrapó en ese instante, cuando comprendí que, ante tal visión, yo no era más que una pausa. Una coma en el texto del infinito.

Y no tuve miedo. La noche estrellada sólo me infundió un sentimiento:

Paz.